

---

# El Laicado

## Su Espiritualidad: bases teológicas

---

Ernesto Bravo, S. I.

En ese cerrar filas y consolidar posiciones que hubo de ser la consigna forzosa ante el ataque protestante, vemos que, sin ser olvidados, ni menos negados, jirones enteros de verdades pasan en la Iglesia a segundo plano y quedan en la penumbra esperando otras circunstancias para aflorar a la luz.

El Protestantismo nos impidió así la posesión gozosa y la normal evolución de muchas realidades cristianas que ahora, al cerrarse el periodo de reacción, empiezan a brillar con nuevo oriente.

Frente al individualismo antijerárquico de Lutero que, borrando todos los intermediarios instituidos por Jesucristo, proclamaba que el bautizado se entiende directamente con Dios; frente a su concepción de Iglesia en que todo fiel tenía todos los poderes sacerdotales de predicar, celebrar la Cena y los sacramentos, usar del poder de las llaves, juzgar las doctrinas y absolver, fué necesario destacar urgentemente la contextura jerárquica de la Iglesia como institución de Cristo; subrayar el sacerdocio sacramental de los ministros de Cristo y la noción cimental de jerarquía, dejando de insistir tanto en el valor que tenían las explícitas palabras de la incorporación de los fieles a la realidad eclesial del Cuerpo de Cristo y en el «sacerdocio regio» con que San Pedro ungió a la *Societas fidelium*, «pueblo escogido y nación santa».

Paralelamente con esta premiosa actitud defensiva, se va desarrollando en los fieles un apático estilo de existencia sin urgencia de responsabilidades:—el cristiano se sentía protegido por la Iglesia, escuchaba la palabra de Dios, recibía los sacramentos, pero aportaba poco en beneficio de la comunidad eclesial; descargaba parte de su responsabilidad en el clero—. O bien, en casos más tristes, eran como una especie de «proselitos de la puerta» que no han acabado de entrar a formar parte del pueblo de Dios y no tienen acceso a las intimidades del santuario.

### El movimiento seglar

Pero a principios de este siglo cunde en el campo católico un viento de renovación. Es el movimiento litúrgico y es el movimiento apostólico. Los fieles sienten que tienen también un puesto y una función activos por llenar en el Cuerpo social de la Iglesia. Su conciencia de cristianos llega a la altitud vital de madurez.

Viene la revalorización de la noción del Cuerpo Místico y la participación cultural, la renovación de la teología del matrimonio cristiano con su profundo misterio espiritual que, trascendiendo las meras disposiciones

jurídicas, aparece entonces como célula de la Iglesia.

Ante este poderoso impulso, que ahora no viene como una agresión externa y negadora, sino como un despertar vital que desde dentro surge y se propaga hacia el exterior, nosotros, como curiosos interrogadores de las señales de los tiempos, recogemos en él los agüeros de esperanzadora promesa de profundización y ampliación de la conciencia cristiana, el laicado se presenta como una gran reserva de energías decisivas.

Así ha podido decir el P. Daniélou: «Uno de los mayores acontecimientos de la vida de la Iglesia desde hace treinta años es el impulso dado al Laicado».

Hay que empezar por limpiar la palabra «laico» de las extrañas adherencias semánticas que la manchan convirtiéndola en sinónimo de «anticlerical» o simplemente «arreligioso». Por los caminos de la dispersión y el alejamiento de la Iglesia, los laicos se convirtieron en el «laicismo»; ahora vuelven a sentirse parte de ella y son el *laicado*, limpio neologismo que debe recoger esta nueva realidad y este nuevo tomar conciencia de su puesto dentro de la vida cristiana total.

### La teología del laicado

La especulación y elaboración teológica de este movimiento seglar va formando una verdadera ciencia dentro de la Teología católica, la *laicología* o «teología del laicado» de que tanto se habla modernamente. Pero—según expone el P. Congar (1), en una obra de las más serias que han aparecido sobre este tema—no tanto ha de ser un nuevo tratado, sino que más bien ha de servir para dilatar los horizontes y ensanchar los puntos de mira en orden a la lucubración de una *eclesiología total*. Sólo así tendrá sentido una «laicología». Es un reintegrar, con mentalidad moderna, el tratado «*De laicis sive secularibus*» que como integrante de su *Controversia* acerca de los miembros de la Iglesia ponía en su tiempo Belarmino.

(1) Yves M.-J. Congar, *Jalons pour une théologie du laïcité*. Colección Unam Sanctam. Paris, 1953.

¿Cuáles las bases de esta sistematización teológica? ¿Cuál la posición de los laicos en la Iglesia? Son las preguntas básicas.

### La incorporación a Cristo

El pensamiento neotestamentario va discutiendo por los más hermosos símiles de *grey, vld, casa, familia, reino* y se detiene particularmente en los de *templo y cuerpo*. Si la Iglesia es *Templo* y tiene sus constructores, los fieles son *las piedras vivas que integran el edificio espiritual*, Templo viviente de Dios (1 Pedro 2<sup>5</sup>; cfr. Ef 2<sup>20s</sup>). San Pablo, trascendiendo las metáforas, ahonda particularmente en la idea de *Cuerpo* cuya Cabeza es Cristo:

*Vosotros sois el Cuerpo de Cristo*—proclama a los fieles—*y cada uno por su parte miembros suyos* (1 Cor 12<sup>27</sup>).

Y el cuerpo es en su contextura esencial una jerarquía de funciones: *Porque así como tenemos muchos miembros en un solo cuerpo y no tienen todos los miembros una misma función, así nosotros, con ser muchos, no somos sino un cuerpo en Cristo, y miembros, los unos de los otros, y tenemos dones diferentes según la gracia que se nos ha dado* (Rom 12<sup>4-6</sup>).

Y así los laicos, cada uno según sus condiciones de vida y estado en el Cuerpo Místico de Cristo, aportan verdaderamente algo, y contribuyen a edificar el Templo de Dios.

La situación del laicado es, pues, la queregonaba San León Magno: «¡Reconoce, oh cristiano, la alteza de tu dignidad y mira cuál es la Cabeza y cuál el Cuerpo de que eres miembro!»

### Punto de partida. Bases teológicas

Incorporado a Cristo en su bautismo, unido y perfeccionado en esta dignidad por el Espíritu Santo en la Confirmación—tal es el punto de partida de esta elaboración teológica—, el cristiano participa de la dignidad y de la misión de Cristo.

Triple es la misión e investidura del Mesías: como Rey, como Sacerdote, como Profeta o Delegado; función triple que duplica

su imagen y se prolonga y perpetúa en el espejo de las tres potestades correspondientes de la Iglesia: potestad de régimen, potestad de Orden sacerdotal y potestad de magisterio. Así, en el Cuerpo de Cristo persiste esta misión real, sacerdotal y profética en el intermedio de los dos Advenimientos que es el «*tiempo de la iglesia*».

Por eso los fieles, al tomar conciencia de su situación de miembros activos del Cuerpo de Cristo, tienen que sentir la palpante participación, según su modalidad propia, de esta triple dignidad real, sacerdotal y profética. He ahí las bases de la Teología del Laicado. (1)

Limitemos por ahora el ámbito de nuestra visión a los fundamentos teológicos de las dos últimas que corresponden precisamente a los dos impulsos que más han caracterizado este movimiento seglar: el litúrgico o de participación cultural y el apostólico o misionero. (Aunque a veces, un mismo texto escriturístico presenta juntas dos, o incluso las tres funciones).

#### «Sacerdocio regio»

Cristo, único Sacerdote en el Nuevo Pacto, tiene sus sacerdotes ministeriales, ungidos por el sacramento del Orden, pero los demás miembros participan también del sacerdocio de la Cabeza:

*Vosotros, como piedras vivas, integráis el edificio espiritual en orden a un sacerdocio santo... y vosotros sois linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo que El se ha escogido para que publiquéis las*

(1) En Stbre de 1953, la 13.ª Semana Española de Teología que versó sobre la **Teología del Laicado**, estudió estos fundamentos desde el punto de vista de las potestades de la Iglesia. Es la misma realidad mirada desde dos ángulos.

## SENTIDO CULTUAL DE LA VIDA CRISTIANA

Todo un riquísimo simbolismo sacerdotal y litúrgico caracteriza y envuelve la vida espiritual — la vida total — del cristiano.

Símbolos que, en los escritos paulinos principalmente, se multiplican y entrecruzan en forma que se podrían creer incoherentes casi. Estudiados de cerca se armonizan y completan en una espléndida gama de precisiones y elevaciones maravillosas.

Unos pocos ejemplos.

El Espíritu Santo habita en nosotros como en su *templo*. La Iglesia entera, según San Pablo, o cada cristiandad, o cada alma en particular, es el *templo vivo* de Dios (1 Cor 3 16, 17; 6 9 etc.).

Nosotros, en nuestro cuerpo, tributamos a Dios un *culto* en el Espíritu (Fil 3 3).

Nuestro cuerpo mismo hemos de *ofrecerle* como una *hostia viva*, santa y agradable a Dios: tal ha de ser nuestro *culto* espiritual (Rom 12 1).

Ya sabemos que este ofrecer hostias sacrificales y víctimas es función sacerdotal y litúrgica.

«Por medio de Él, *ofrecemos* sin cesar a Dios un *sacrificio* de alabanza, el fruto de los labios que celebran su nombre... y la beneficencia y socorro mutuo, bien sabéis que tales son los *sacrificios* y *víctimas* en que se complace Dios» (Hebr 13 15, 16).

¿Cómo no había de tener sentido cultural y litúrgico nuestra vida toda, si somos miembros de Aquel cuyo Sacerdocio es eterno?

*grandezas del que os llamó de las tinieblas a su admirable luz* (1 Pedr 2 5, 9).

Así, en la Misa esas cálidas y significativas fórmulas plurales: «nuestro sacrificio», «te ofrecemos», «Orad, hermanos, a fin de que mi sacrificio y vuestro...» «de todos los circunstancias... que te ofrecen este sacrificio», son la urgencia que siente el sacerdote de integrar este sacerdocio hasta completar el «*pleroma hieraticon*» — plenitud sacerdotal — que veía San Juan Crisóstomo en el momento solemne, lleno de majestad, «en que el pueblo con las manos extendidas, junto con el clero todo, ofrecían a Dios la veneranda Víctima».

Y la frase profunda y nítida de San Agustín: «Todos sacerdotes, puesto que son miembros del único Sacerdote, Cristo».

Y el eco de resonancias escatológicas en el rito litúrgico del Apocalipsis: *Fuiste dego-*

*llado y con tu sangre rescataste para Dios a los hombres... y los hiciste reyes y sacerdotes para reinar sobre la tierra (Apoc 5<sup>9</sup>, 10).*

*Bienaventurado y santo el que tenga parte en esta resurrección primera (el bautismo): sobre éstos no tiene poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo (Apoc 20<sup>6</sup>).*

No podemos detenernos a precisar el alcance exacto de estos textos: queden tan sólo como flechas indicadoras de un camino y un término glorioso de perfeccionamiento y plenitud.

Y pasemos al otro punto. La función profética y apostólica.

### **Apostolado seglar**

También aquí encontramos al laicado como la plenitud e integración del misterio y del ministerio eclesial. Es el encargo que también los fieles tienen de anunciar a Cristo, de dar testimonio de Cristo y cooperar por su parte a la obra total del Redentor y su Iglesia.

*El constituyó a los unos, apóstoles; a los otros profetas; a éstos evangelistas, a aquellos pastores y doctores. . en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo... llegándonos a Aquel que es nuestra Cabeza, Cristo... por quien todo el Cuerpo... según la actividad correspondiente a cada miembro, va obrando su propio crecimiento hasta su plena formación, por medio de la caridad (Ef 4<sup>11</sup>, 12 15, 16).*

Es la tensión orgánica, vital, del elemento jerárquico que tiene la actividad *ex officio* (misión jurídica), pero que no excluye, sino que requiere el elemento comunitario con su propia actividad, con su misión apostólica *ex spiritu*, de la plenitud de vida que redonda en todos los miembros. Es la savia que recorre, plétórica, por todos los sarmientos, dándoles fecundidad de frutos.

San Juan Crisóstomo a los simples fieles: «Cada uno de vosotros también tiene que velar y tener presente que todos no formamos sino un solo cuerpo y que no diferimos

unos de otros sino como los miembros difieren de los miembros. No dejéis, por tanto, a los sacerdotes toda la solicitud, sino que todos, como por un cuerpo común, hemos de interesarnos por la Iglesia toda».

Los miembros, todos, según su medida, prolongan la misión de Cristo. El laicado aparece aquí nuevamente como el complemento, como el *pleroma* de la actividad apostólica eclesial.

Esto es lo que han visto los Papas al impulsar tan insistentes la acción católica, es decir «la participación o cooperación del laicado en el apostolado jerárquico», como la han definido los Pontífices. «Al comprobar con tristeza - dice Pío XII—la desproporción entre el número de sacerdotes y los trabajos que les esperan..., surge la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico, numerosa, animada de celo ardiente... Esta labor apostólica, realizada conforme al espíritu de la Iglesia, consagra—digámoslo así—al seglar y hace de él un ministro del Señor».

Ni es sólo un suplir o completar numérico. La más honda necesidad está en que el cristiano laico, por su compromiso y articulación a la *Civitas temporalis*, extiende la irradiación cristiana y el testimonio de Cristo a aquellos campos donde la Iglesia jerárquica, no diremos que no tiene competencia, pero sí donde su actuación es más extraña o indirecta, como es la política o el gobierno de la Ciudad temporal. Tantos medios adonde el sacerdote no tiene acceso, al menos *de facto*. Y sin embargo también allí el mundo «laicizado» necesita la presencia cristiana y allí debe estar el cristiano laico cumpliendo el grandioso testamento que dió Jesús a los suyos antes de partir a los cielos: «*Eritis mihi testes!*» *Seréis mis testigos, así en Jerusalén como en toda Judea y hasta el último confín de la tierra* (Hech 1<sup>8</sup>).

Esta es la función de los seglares, colocados como están en el punto de sutura entre el orden temporal y el orden de superación escatológica; integrados a un tiempo en el mundo circunstancial y profano y en el Cuerpo de Cristo de destinación supramundana y eterna.

## Conclusión y síntesis

Esta visión grandiosa del *Cristo total* sitúa nuestra vocación de cristianos en el seno de una multitud de hermanos cuya suerte está ligada a la nuestra. Nuestro mismo destino personal se realiza dentro de un plan mundial y eterno. Los designios de Dios se desarrollan en una integración social jerarquizada en la que todos los miembros tienen su propia actividad participada de Cristo, la Cabeza. Y los laicos son plenamente de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

A la antigua contraposición de «laicismo» y «clericalismo», sustituyamos ahora un «laicado» frente al «laicismo» y una *realidad eclesial plenaria* integrada por el elemento laical y la jerarquía eclesiástica. Es la armonización de la inseparable dualidad del principio jerárquico y del principio comunitario.

Vida de todo el Cuerpo. Actividad de todos los miembros. El laicado: integración de la Iglesia.

Estas son las bases teológicas que han de servir para cualquier enfoque de la espiritualidad del laicado. Podrán y deberán ampliarse y ahondarse estos aspectos, pero el punto de partida esencial será siempre éste: los cristianos todos continúan en el mundo las funciones mesiánicas y soteriológicas de Cristo. Como miembros suyos, son su Reino, su Sacerdocio, sus Pregoneros o Profetas. Para el cristiano seglar el tomar conciencia de esta regia dignidad—que nadie puede discutirle—será el punto del que partirán los círculos concéntricos de irradiación de toda su actividad. Ello le impedirá, con urgencia imperiosa, el vivir por partida doble—disociada—su vida humana y su vida cristiana: su vida toda ha de ser el testimonio del cristianismo frente al mundo negador y agnóstico.

